



Misioneros inesperados

Álvaro y Natalia nunca habían hecho planes de convertirse en misioneros en una isla lejana. Esta pareja de Chile llevaba nueve años felizmente casada. Él trabajaba como dentista para la Iglesia Adventista y ella era fisioterapeuta en la Universidad Adventista de Chile. Tenían una hija de tres años llamada Catalina.

Un día, escucharon un sermón sobre el Servicio Voluntario Adventista, una organización donde los adventistas pueden ofrecerse como voluntarios para ayudar a la Iglesia Adventista mundial en su misión de proclamar el evangelio en todo el mundo. Sintieron que Dios los llamaba a ser voluntarios. “¿Podemos hacer esto en familia?”, se preguntaron Álvaro y Natalia. Pero se sentían muy mayores. Les parecía que solo universitarios y jóvenes veinteañeros eran voluntarios del Servicio Voluntario Adventista y ellos dos tenían 35 años.

La pareja habló con el pastor de la universidad que había hecho el llamado. Este les aseguró que Dios llama a personas de todas las edades a ser misioneros. Así que decidieron formarse como voluntarios en la universidad y buscaron destinos en VividFaith.org, un sitio web de la Iglesia Adventista donde la gente puede solicitar puestos de voluntariado. Se sintieron atraídos por una oferta para servir un año en la remota isla volcánica de Pascua, y solicitaron el puesto.

Poco tiempo después, la pareja recibió la noticia de que su solicitud había sido aceptada y se les pidió que partieran hacia Isla de Pascua en dos semanas. Estaban sorprendidos de la rapidez con que Dios había respondido sus oraciones. Esa fue su primera

lección como misioneros: entendieron que Dios estaba al mando y que debían someterse a sus planes.

Dos semanas después, la familia se subió a un avión para un vuelo de 5 horas y 30 minutos hasta la Isla de Pascua. Aterrizaron en un aeropuerto que está considerado como el más remoto del mundo. Está situado a unos 3.780 km del siguiente aeropuerto más cercano.

Una cultura muy diferente recibió a esta familia. Mientras que la influencia católica era fuerte en Chile continental, la gente de la isla vivía conforme a enseñanzas ancestrales. Mientras que en Chile continental todo el mundo hablaba español, en la isla todos hablaban rapanui.

Álvaro y Natalia nunca se habían sentido atrapados en Chile continental, que es uno de los países más largos del mundo con unos 4.265 km de norte a sur, pero la Isla de Pascua solo tiene 101 km² y la mayoría de sus 3.800 habitantes viven en la capital, Hanga Roa. La comida nunca había sido un problema para ellos en Chile continental, pero el pan estaba racionado en la isla, pues a veces no había harina. Además, la comida llegaba en barco y las mareas no siempre permitían a los barcos atracar. Para complicar aún más las cosas, la pareja no tardó en darse cuenta de que a muchos isleños no les gustaba la gente del continente, lo cual dificultaba hacer amigos y ganarse la confianza. A pesar de todo eso, recordando lo rápido que Dios los había llevado a la isla, Álvaro y Natalia decidieron confiar en él y seguir tomados de su mano. Entonces Dios comenzó a obrar de una manera asombrosa.

Cápsula informativa

- La Isla de Pascua, también conocida como Rapa Nui, se encuentra a 3.540 km al oeste de Chile. Es famosa por sus más de 600 cabezas gigantes de piedra (moai), erigidas entre 1050 y 1680 d.C. Muchas de ellas miden entre 3 y 6 metros de altura, pero la más grande que se conserva mide unos 11 metros.

Álvaro trabajó en turismo en vez de en odontología, para poder así conocer a más gente y promocionar mejor la Iglesia Adventista. Natalia consiguió trabajo en el hospital local. Compraron una pequeña motocicleta y fueron de puerta en puerta haciendo visitas y dando estudios bíblicos. La pareja también se encargó de dirigir la iglesia adventista local, que apenas tenía diez miembros ancianos cuando llegaron. Durante el año siguiente, Álvaro y Natalia hicieron todo lo que hace un pastor, excepto bautizar y officiar bodas. Incluso celebraron un funeral.

Mientras trabajaban en la iglesia, reabrieron los clubes de Conquistadores y Aventureros. Para su alegría, unos 25 niños acudieron a la primera reunión. A medida que pasaban los meses, el número de niños

crecía. La pareja formó a los Guías Mayores locales y puso en sus manos los clubes de Conquistadores y Aventureros. Cuando se marcharon, los dos clubes tenían 95 niños, los cuales llevaban a sus padres a la iglesia los sábados. Un Conquistador y su madre fueron bautizados. Un pastor voló a la isla para llevar a cabo el bautismo.

Álvaro y Natalia dicen que fue un año difícil, pero que no cambiarían nada. “Gracias a Dios, la iglesia tiene ahora un liderazgo local en la isla, y los clubes de Conquistadores y Aventureros han permanecido abiertos. Creemos que Dios hizo mucho en el año que estuvimos allí. Abrió el camino”, dice Natalia.

Álvaro, Natalia y Catalina sirvieron como misioneros del Servicio Voluntario Adventista durante un año en la Isla de Pascua, después de escuchar un sermón en la Universidad Adventista de Chile y recibir allí capacitación para el voluntariado. Uno de los proyectos misioneros para este trimestre es abrir un centro ampliado del Servicio Voluntario Adventista en la universidad, en el que se capacitará a más misioneros. Gracias por ser generosos con este importante proyecto.

Pueden ver un video de Catalina en: bit.ly/Catalina-SAD.